



EL CIRCULO VICIOSO TEATRAL

Personas?
Pasión Teatro Complots
O. C. tomo X 4-6
2-II-1916

Mi amigo me escribió una carta en que me decía:

"Quiero contarte la terrible experiencia de mi último viaje, y que me digas después si estoy loco o lo están los demás. Es el caso que llegué a la ciudad, no sin recelo, y apenas me encontré en ella, sumergido entre sus gentes, empecé a sentir un extraño e inexplicable desasosiego. En las miradas de sus ojos, en sus maneras, en sus gestos, en el acento de sus voces y, sobre todo, en sus risas y sonrisas, había algo que me desconcertaba. Entristecíame su alegría, y aún más que en tristecerme alarmábame. No me sentía seguro. Faltábame el sentimiento de la semejanza, mejor dicho, de la unidad. "No somos de la misma especie -me decía-; o ellos no son hombres o no lo soy yo". Y no es que me recibieran mal, no, todo lo contrario. No tenía motivo alguno personal de queja. Pero... Tú, que me conoces bien, llenarás estos puntos suspensivos.

"Andaba, pues, preocupado y receloso, sintiéndome en un ambiente espiritual extraño, como pez en el aire o ave en el fondo del mar, cuando acerté a dar con uno que me pareció apto para recibir mis confidencias. Le abrí mi pecho, me confesé a él por entero. Oíame muy atento y muy tolerante, enteramente serio, mirando al suelo y alentándose con su silencio a que continuase en mi confesión. Cuando acabé ésta se levantó, cogió un estoque que había previamente colocado en el fuego de la estufa para que se encendiera y, sin decirme una palabra, empezó a meterse así como estaba, al rojo cereza, por medio del pecho. Di un grito de horror y me abalancé a detenerle. "Déjeme usted" -me dijo con una voz y una sonrisa frías, que me helaron. Sentí el olor a chamusquina, a la carne que se le quemaba y ví el vaho que salía de la herida. Y él, tranquilo y sonriente, se pasó el pecho de parte a parte con el estoque encendido, y luego, mirándome fijamente, me dijo: "¿Lo ve usted? Desengáñese y convéznase de que es un hombre anormal... No podemos entendernos." Huí horrorizado.

"Huí al triste alojamiento en que recobrar mi soledad y pasé una noche tempestuosa. Me parecía que todo ello había sido un sueño, una fatídica pesadilla. Pero me puse a recapacitar, a examinar todo lo que había oído y visto en aquellos días, y me convencí de que todos aquellos hombres cuyas miradas y sonrisas y palabras me habían desasosegado, eran capaces de atravesarse las entrañas con un hierro candente, sin perder su aparente serenidad. "¿Pero es que son de carne y hueso como yo? -me preguntaba-. ¿Es que son semejantes míos? ¿Es que son de mi especie?" A la mañana siguiente, sin despedirme de nadie, emprendí mi vuelta a esta mi celda y este claustro. Aún me dura el espanto.

"Y es, créemelo, que aunque no tengo queja alguna de aquellas gentes, aunque me hubieran abrumado a atenciones, aunque les encontré siempre atentos, corteses, afables y hasta cariñosos y desde luego comprensivos -al parecer al menos-, no me sentía seguro entre quienes son capaces de atravesarse las entrañas con un hierro candente sin perder no ya la serenidad, la sonrisa. Temía cualquier cosa. Temía que de pronto, aquellos hombres... normales -pues me tenían por anormal-, perdieran su normalidad y empezasen a cometer desmanes. Toda mi lógica social había perdido su base. ¿Crees tú que puedo yo discutir y conversar, que puedo entenderme con gentes que tienen las entrañas tan insensibles? Yo no te diré que no sientan, acaso les duela algo que a mí me deja -- completamente tranquilo, pero el verles insensibles a la prueba del hierro candente me aterró.



"Y ahora dime, ¿estoy loco?"

Y le contesté a mi amigo:

No son las ideas, son los sentimientos, o más precisamente, son las sensaciones las que dividen a los hombres. Un ateo y un católico llegan a entenderse y a entenderse bien; los que no se entenderán nunca son uno que se regodee comiendo acíbar y a quien el azúcar le repugne, y un golo so que odie el acíbar. Los hombres toleran en otros hombres las opinio nes más opuestas a las suyas propias; lo que no toleran son otros gustos. He conocido un sujeto que decía de otro: "Que sea anarquista, pase; pe ro ¿por qué no ha de querer probar merluza?" Y esto, que así resulta más que bufo, no es sino una caricatura de lo que a diario sucede.

Te he dicho cien veces que tú no puedes entenderte con esos a quien nes llamas despreciativamente progresistas. Es más difícil que el que se entiendan bien un sordomudo con un ciego, de nacimiento ambos. Es cuestión de olfato y de gusto espirituales. Y no es que yo te tenga, como te tienen ellos, por un pesimista o un misántropo, no. Me parecen ellos mucho más pesimistas que tú.

"¿Es que estoy loco?" me preguntas, cuando debías preguntarme: "¿Es que soy hombre?" Ellos te reputan inhumano, y tu les reputas inhumanos a ellos. Y todo consiste acaso en el valor que se dé a este concepto de = hombre. Pero tú, bien lo sé, no pasas por eso de que lo de hombre sea un concepto. Tú te tocas y no te sientes concepto, y cuando al sentir el = fuego de la terrible lanza en tus entrañas te retuerces en retortijones de dolor espiritual maldices de los conceptos todos. Lo encuentro muy na tural.

Ahora, yo creo que, en la terrible escena que me cuentas, padecis te una verdadera alucinación. Aquel pobre hombre te engañó, te hizo victi ma de una superchería, de un juego de manos. No había tal hierro candente, Lo que no quiere decir que le tenga yo por un hipócrita.

Aunque... aunque sí, amigo mío. Lo que te desasosegaba en aquel amb iente era que te sentías sumergido en el mar oleaginoso de la hipocre sía y la mentira. Aquellas miradas eran hipócritas; aquellas voces hipó critas; hipócritas aquellos gestos. Pero de una hipocresía inconsciente.

No sé si sabes que hipócrita, en griego, significa actor cómico o trágico. Perdona esta lección a un catedrático, y de griego. Pues bien, no son más que actores, actores siempre. Viven continuamente en el tabla do. Y como ya no conocen otra cosa, ello les es natural. Ya sabes aquella profunda sentencia de un actor, que al oír que alababan a un compañero - suyo de escena diciendo lo que se movía y producía en ella como en la - vida, fuera de escena, exclamó: "¡Malo! El buen actor, es el que se mue ve y se produce en la vida como en la escena". Y esto se aplica a ellos, a esos hipócritas inconscientes. Toda su vida es teatro.

Y es consecuente que ellos te tengan a tí, al hombre natural, al verdadero hombre, por un ser anómalo, por un actor. Ellos creen y dicen -me lo han dicho a mí- que eres tú el que representas tu papel, que e tus dolores son teatrales, escénicos. Pero yo, que les he visto hacer que lloran lo mismo que hacen que ríen, y te he visto llorar y reír, sé a que atenerme.

Ya sé que me dirás que no se puede presenciar la comedia sino en el teatro, y que tan escena como el tablado en que los cómicos la representan es el patio en que los espectadores representan al público. Es un círculo vicioso teatral. Pero...

Pero por muchos gritos que den los cómicos que actúan en la escena, no sacan de su compostura a los espectadores ni logran que ninguno de ellos se mueva a saltar al tablado e ir a socorrerlos aunque griten: "¡Socorro!, ¡socorro!"; pero si uno de los espectadores lanza un grito de dolor, un verdadero grito de dolor, o pide socorro con voz desgarradora o lanza la voz de ¡fuego!, se interrumpe la comedia y los cómicos saltan del tabla-





blado al patio a ver qué es aquélllo. Y si el cómico prestidigitador aquel que delante de tí hizo como que se atravesaba las entrañas con un hierro candente, te hubiese oído gritar de dolor al sentir el fuego en tu carne, habría corrido en tu socorro, no te quepa duda.

Sigue, pues, gritando cuando te duela, y no dudes de que interrumpes y trastornas la representación de la comedia. Y eso aunque finjan haberse acostumbrado a tus gritos y digan que no eres más que un loco lipemaniático. Hacen falta en el patio del público de espectadores locos así que se dediquen a interrumpir la comedia con sus gritos. Y eso aunque los cómicos quieran hacer entrar esos gritos mismos en la comedia, como si fuesen una especie de morcilla tramada de acuerdo con el comediógrafo. El público es más sagaz de lo que se cree, y se da siempre cuenta de la comedia que hay dentro de la comedia y de lo que hay fuera de ellas.

(LOS LUNES DEL IMPARCIAL, Madrid, 2 febrero 1914

